

cución es como el viento: extingue la llama pequeña, pero aviva la grande.

MONSEÑOR BAUNARD

PAGINAS OLVIDADAS

Con motivo del reciente fallecimiento de nuestro compatriota don José Triana, me dice usted, mi buena amiga, que desea saber algo sobre eso que se ha llamado la *Flora de Bogotá*, que tanto ruido hizo en otro tiempo. Entiendo que le es a usted muy simpático este nombre, por la analogía que tiene con las flores, que tanto le gustan a usted. ¡Muy bien! Y ésta sea la ocasión de que usted y yo hagamos un sentido recuerdo del sabio botánico a quien mucho conocí y estimé, como a toda su familia. Siempre será para mí grata y venerada la memoria del benemérito don José María Triana, padre de José, y fundador de las escuelas lancasterianas entre nosotros, pues a él debo una parte de lo poco que aprendí en mis mocedades en el famoso colegio que abrió en esta ciudad.

Pero nada más que un recuerdo, pues lo que son necrologías y biografías ya está adelantado de sobra ese trabajo, y todavía lo estará más.

Quédense allá las flores de la poesía, de la retórica y de la música para los poetas, los grandes artistas y los grandes aficionados. Dejemos nosotros también, mi señora y amiga, esas flores del cielo por las flores de la tierra, en cada una de las cuales, sin embargo, se refleja un rayo de la felicidad de otras regiones desconocidas para el hombre, y un destello del amor de Dios para con sus criaturas.

Recordará usted quién era una tal Flora que tanto figuraba en la mitología de los antiguos, imaginaria diosa que tenía el imperio de las flores y habitaba en los jardines. Por el bellissimo que usted cultiva podría yo compararla con ella; pero no quiero hacerle un agravio, ni que usted diga que le estoy echando flores. Si usted quiere que, prescindiendo de esa señora, penetremos en su reino, valgámonos de Mutis y «su familia»—según la frase gráfica de Caldas—para que nos guíen.

Pero sería empresa de romanos y de gente más desocupada que usted y yo—además de atrevida profanación por mi parte,—tratar de investigar los misterios de la *Flora de Bogotá*, cuya formación tomó a su cargo el ilustre y sabio sacerdote, que hizo célebre su nombre en todo el mundo científico. Digamos solamente que corría el año de 1783 cuando por real orden de 1.º de noviembre, se creó la Expedición Botánica, con el objeto principal de formar esta grande obra que, no sólo había de abrazar el estudio, descripción y clasificación de las flores de nuestro país, sino también de todas nuestras plantas, o lo que se ha llamado el reino vegetal.

Un país tan rico y tan variado en esta materia, era una abundante mina en que podía ejercitarse en grande escala la ciencia de los hombres eminentes que formaban aquella expedición. Nada ha habido después tan grandioso en esta tierra, ni tampoco más desgraciado, que la suerte que ella corrió.

Inconclusa aún, pero muy adelantada, quedó por largo tiempo oculta y desconocida en el antiguo mundo, así como los muchos y variados trabajos de Mutis en otros ramos de las ciencias; todo lo cual fue arrebatado por el *pacificador* Enrile, a la caída del gobierno colonial y su precipitada fuga, para llevarlo a Madrid,

donde quedó sepultado entre el polvo de los archivos. ¿Qué podía esperarse de un hombre que no creía—y lo dijo con ocasión del grande interés que se tomó para salvar la vida de Caldas, sentenciado a muerte, o de que se le concediese un plazo para terminar ciertos trabajos—que no creía, digo, «que los sabios fueran necesarios en América?» A lo menos los sabios como Enrile no se necesitaban.

Parece como que un decreto providencial trajo a Mutis a América, no a pesar suyo, que él mismo se sentía arrastrado invenciblemente por una secreta inclinación, o más bien inspiración. Su amor apasionado a las ciencias, y el anhelo de buscar cosas nuevas en tierras vírgenes y para él desconocidas, nuestras selvas con la soberbia vegetación de los trópicos y del ecuador, y todas las ricas e ignoradas producciones de nuestro suelo, le hicieron renunciar, a la edad de veinticinco años, a las comodidades de la corte, donde era conocido, estimado y aplaudido, y la amistad y gratas relaciones de otros sabios, españoles y extranjeros, especialmente del gran Linneo, con quien conservó no interrumpida correspondencia durante más de treinta años. Así se lo decía el mismo Mutis a nuestro Caldas, en familiar conversación:—«el silencio, la paz, los bosques de la América tuvieron más atractivo sobre mi corazón que la grandeza y la pompa de las cortes de Europa.»

Pero no se inquiete usted pensando que voy a hacer la biografía de Mutis o la relación de sus trabajos. Mucho se ha escrito sobre este tema, y aun yo mismo he echado mi cuarto a espadas cuando he tenido ocasión, y en la parte que pudiera corresponderme, como simple lego. Pero usted lo sabe... soy muy amigo del *dacapo*, como dicen ustedes los músicos y las músicas: repetir y más repetir. Además, si paseando por entre

el bosque se encuentra un panal de abejas en el hueco de un árbol, no se contenta uno, como Sansón, con probar la miel, sino que chupa una gran parte de ella, aun involuntariamente.

Así, sólo recordaré a usted, ya que se presenta la ocasión de hacer coro en este concierto, que Humboldt, inclinando la cabeza ante la ciencia del ilustre sabio, le dedicó su importante Memoria sobre *la Geografía de las plantas o Cuadro físico de los Andes equinoxiales*, «con los sentimientos del más profundo reconocimiento,» llamándolo «el ilustre patriarca de los botánicos.» Los trabajos de Mutis sobre la vegetación de las costas de la Nueva Granada y de las riberas del Magdalena, hicieron pronunciar a Linneo aquellas palabras latinas, que en romance dicen: «Nombre inmortal, que ninguna edad podrá borrar jamás.» Fue también el Meceñas del sabio Cabanilles, quien le dedicó sus trabajos científicos con estas otras: «En honor del sapientísimo varón Mutis etc.»; y muchas sociedades científicas de Europa lo incorporaron con entusiasmo en su seno.

Viendo yo la grande afición que tenía José a sus hierbas y bejucos, de los cuales estaba siempre rodeado, le dije un día chanceando: usted va a ser otro Mutis. ¡Con cuánto placer veo ahora que mi anuncio se realizó, pues que él alcanzó a merecer en Europa los mismos honores que el padre de la *Flora Bogotana*, y aun vino a ser su continuador!

El Director de la Expedición botánica fijó su residencia en Mariquita, como cuartel general de sus excursiones. Allí residió, por espacio de siete años, ocupado incesantemente en describir vegetales y dibujarlos; si bien le faltaron en nuestro país los elementos y los medios necesarios para clasificarlos, por lo cual sus trabajos quedaron incompletos. Las quinas llamaron su

atención y le absorbieron no poco tiempo. Sabido es que él escribió la historia de todas las plantas del género *chinchona*, y que además se ocupó en importantes trabajos sobre minas y otros ramos, pues su laboriosidad era incansable y corría parejas con su ciencia. El rico herbario que formó ascendía a más de veintemil plantas, muchas de ellas nuevas para los botánicos, y algunas preciosas por sus propiedades especiales.

Por el placer que usted experimenta en observar sus arriates, macetas y búcaros, en rociar y limpiar diariamente sus flores, clasificarlas, combinarlas, y estudiar sus cambios y alteraciones, la luz que les ha de dar, la calidad de la tierra, el grado de humedad, sus parentescos y entronques, puede usted calcular el que experimentaría nuestro botánico al hacer el examen y análisis de sus queridas plantas. Por mi parte, cuando la oigo a usted hablar de sus mil parásitas, de sus variados geráneos, de sus rosas de veinte especies diferentes, de sus margaritas, primaveras, convólulos, gladiolos, lirios, begonias, cruz de Malta, etc., etc., me parece que estoy registrando el herbario de Mutis, o conversando con Triana, Sandido, Bayón, Montoya y otros de nuestros botánicos.

Aún se ven en Mariquita las ruinas de la casa en que habitó Mutis, y uno que otro—si es que hay alguno—de los árboles de canelo que con tanto esmero aclimató y cultivó. Parece que nada de esto se ha respetado, ni hay quien haya conocido su mérito. Recuerdo la gracia y oportunidad con que me dijo usted un día, que la tenía desesperada ese espíritu de destrucción y de reforma que hay entre nosotros.

Mutis vino en 1760, en calidad de médico, con el virrey Messía de la Zerda, no de capellán, como se ha creído equivocadamente: años después de su venida

fue cuando recibió las sagradas órdenes; y en verdad que fue tan buen sacerdote como buen botánico y mineralogista.

Si no le desagrada a usted saber cuál era el personal de la Expedición botánica y de las asignaciones de que gozaban sus empleados, le diré que, además de su director—que vivía en la calle de la Carrera de esta ciudad—estaba agregado, para la parte científica, don Francisco de Zea,—calle de Quesada.—Era oficial de pluma don Francisco Javier Zabaraín—hermano tal vez, o pariente de Alejo, el amante y prometido de Pola Salabarría,—y catorce individuos más, que formaban la oficina de pintores.

Este pormenor, como el que sigue, aunque de poca importancia, no dejan de tener algún interés, y son tomados: el primero, de la *Guía del Virreinato*, publicada en 1794 por don Joaquín Durán y Díaz, capitán del batallón de infantería auxiliar de Santafé; y el segundo, de la *Guía* para el año de 1806.

Los sueldos de que disfrutaban eran los siguientes: director, 2,000 pesos; agregado, 500; oficial de pluma, 500; sueldos de los pintores, que se distribuían según su trabajo, 2,000; total, 5,000. Mutis había creado una escuela gratuita de dibujo.

El primer pintor y mayordomo tenía efectivos 600 pesos, de los 2,000, y los demás, como sigue: el segundo, dos pesos diarios; el tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo, a doce reales diarios; el octavo, noveno, décimo, undécimo y duodécimo, ocho reales; el décimotercio, seis reales, y el décimocuarto, cuatro. Debe computarse que todos estos sueldos serían hoy el doble.

Años después se agregaron don Sinforsoso Mutis, como pensionado por el Rey, don Francisco José de Caldas y don José Mejía, como meritorios, y como in-

dividuos agregados, en calidad de voluntarios, don Jorge Tadeo Lozano, para la zoología, don Enrique Umaña, para la mineralogía, don José Joaquín Camacho y don Miguel Pombo para la botánica.

Oficiales de pluma: don José María Carbonell, calle de San Javier, y don José María Serna, calle de la Trinidad. Y fuera de los pintores de número, había otros que llamaban *pupilos de la casa de la Expedición*, según todo lo reza la misma *Guía* para el año de 1806.

El hecho es que el gobierno colonial patrocinaba largamente una obra tan grandiosa, y que durante catorce años, hasta la muerte de Mutis, ocurrida el 11 de septiembre de 1808, todo marchó muy bien. Pero aun sin este desgraciado acontecimiento, la Expedición habría sucumbido a la larga, a causa de los trastornos políticos, aquí y en España, y consiguiente cambio de gobiernos.

Setenta años hacía que la *Flora de Bogotá* dormía el sueño de la muerte en los archivos de la Península, porque los gobiernos que allí se habían sucedido en ese tiempo no habían logrado aprovecharse de los manuscritos de Mutis, ni permitido que otros los aprovecharan. El mismo Instituto de Francia había sido desairado en sus pretensiones a este respecto. Pero llegó una época venturosa: la del ilustrado y generoso gobierno de don Alfonso XII, que, conociendo la trascendental importancia de esos trabajos, los devolvió al mundo científico para gloria de Colombia y de la España, y para mayor gloria de su reinado. A una insinuación de nuestro ministro en Madrid, don Carlos Holguín, hecha a la galante reina madre de don Alfonso, ésta dijo a su augusto hijo—como allá en otro tiempo en las bodas de Caná dijo otra gran Reina:—«No tienen vino»; y esta sola palabra bastó para que se abrie-

sen esos archivos, y de allí saliese el preciado tesoro a regenerarse y perfeccionarse en manos de nuestro eminente botánico, orgullo de Colombia, don José Triana.

Quiero dejar la palabra a otro distinguido naturalista nuestro, don Wenceslao Sandino Groot, miembro de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, para continuar esta historia:

«Por una señalada merced de la augusta madre de D. Alfonso XII para con nuestro Ministro en España, se concedió al señor D. José Triana lo que éste en otras ocasiones había solicitado inútilmente: el permiso para examinar los materiales preparados por el señor Mutis para la *Flora de Bogotá*.

«En virtud de esta concesión se trasladó el señor Triana a Madrid, y después de un laborioso y detenido examen de dichos materiales, en que empleó no pocos meses, dejó clasificadas y determinadas técnicamente las plantas que representan las láminas de la colección botánica de Mutis.

«Para tamaña labor era preciso un botánico que, como Triana, reuniese a profundos y nada comunes conocimientos, la circunstancia de haber estudiado y clasificado esas especies en su país natal: conocimientos tan excepcionales como indispensables para el éxito de la empresa.

«Debido a este sabio, no es ya perdida para la ciencia la obra a que consagró los mejores años de su preciosa existencia el inmortal Mutis; y las seis mil y más láminas que forman una parte, la más importante, de su *Flora*, constituyen hoy día un valiosísimo álbum de cuarenta grandes volúmenes, en el cual están ordenados los dibujos por familias, géneros y especies, y acompañados de un catálogo general, con las respecti-

vas referencias; todo lo cual está a disposición del público científico y artístico que desee consultarlo.

«Resta la más dispendiosa de tiempo, que llevará a término el doctor Triana, si, como dice él mismo, circunstancias independientes de su voluntad no lo estorban: ésta es la ordenación sistemática del herbario y numerosos manuscritos.

«El doctor Triana implora la cooperación de sus colegas de Europa, caso de que el Gobierno de Colombia no cuente con recursos bastantes para costear la reproducción de esos espléndidos dibujos.

«Creemos que por cuantioso que parezca el gasto —que no lo será excesivo, atendidas las facilidades que ofrece el grabado mecánico,—sería en su mayor parte resarcido con el producto del expendio de los ejemplares que tomarían los Gobiernos y las sociedades científicas; y Colombia tendría el doble honor de haber dado a la estampa la obra que inmortalizó al padre de la Botánica en nuestra Patria, y que realza la bien merecida reputación de uno de sus mejores hijos.»

JOSE CAICEDO ROJAS

EL PRINCIPE NIÑO

Era el príncipe, en los tiempos de su exaltación al trono, un gallardo adolescente; como flor de estufa habíanle cuidado y sostenido; como vida preciosa y flébil que importaba fortalecer para altos empeños; así vagaba por su pálido rostro una sonrisa triste, que era al propio tiempo gratitud y pena, desengaño y orgullo, conciencia de la propia debilidad, ansia de protección y vago pensamiento de alto y malogrado destino.